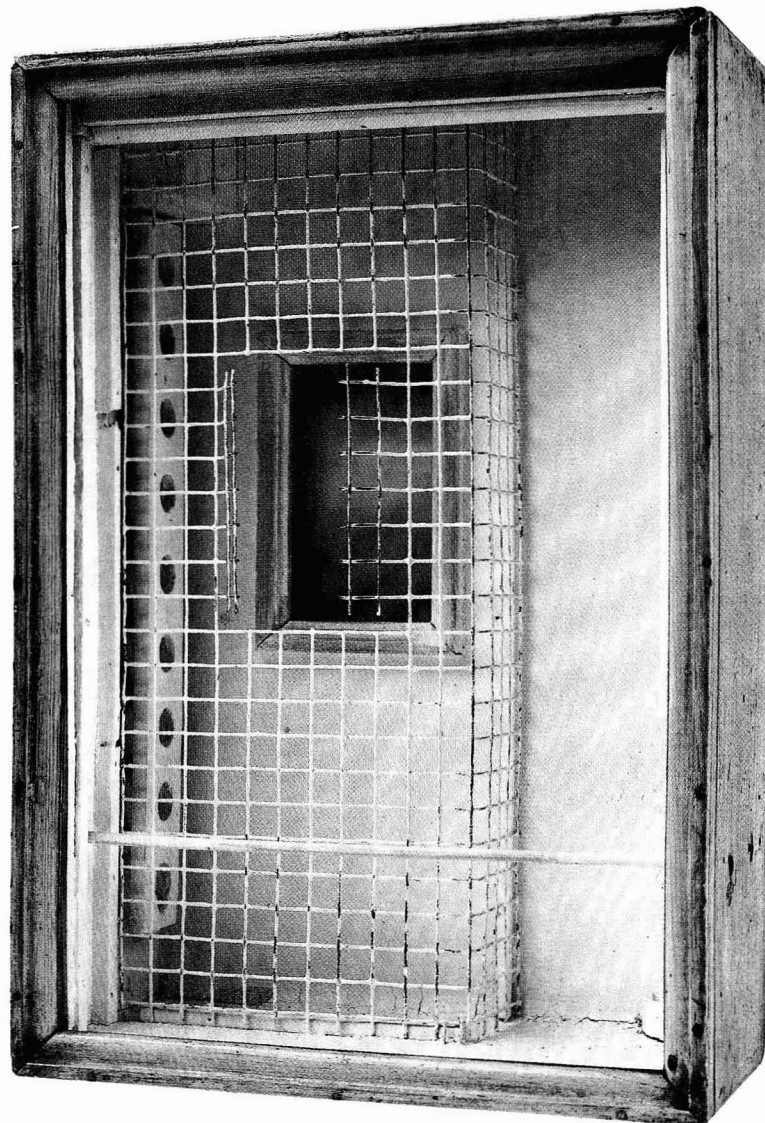


Ars Combinatoria

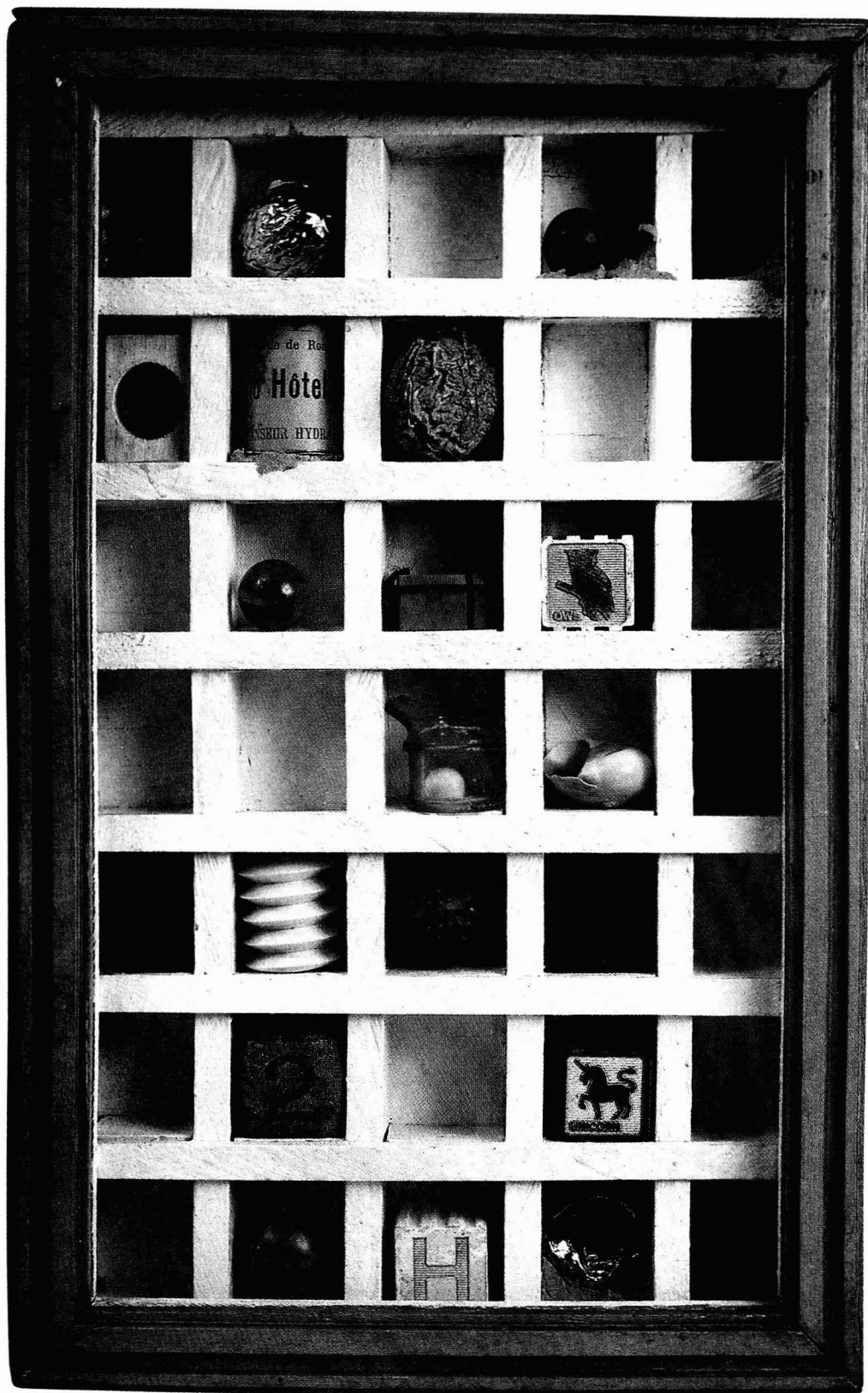


Más allá de la ventana, tras la nieve inmóvil, hay siempre una península azul. Lo sabía la prisionera de Amherst cuando recostaba su aliento en el cristal. “Mi cautiverio –pensaba–, es la expresión más fiel del paisaje. Yo me entrego, voluntaria, a la contemplación de la escarcha, descifro sus avisos de otro tiempo.” La verdad del paisaje crece cuando alguien lo piensa –y la nieve, palomar derribado, retoza con el pensamiento a la deriva. Todo es preciso, precioso como una herida de infinito. Y ese silencio, esa red finísima, es claro que *no viene de nosotros*.



Todos los rostros están de viaje, se deslíen como los carteles en los muros encalados. También la argamasa, los ladrillos y la cal viajan. El rumbo es la invisibilidad –y la voz manda echar el ancla en la Bahía de las Desapariciones. Mientras tanto vemos sus huellas en los pórticos de blanquísimos hoteles, en las marquesinas, en los escaparates de almacenes prodigiosos que lo mismo dan cabida a un pájaro que a una nuez. Todo es posible si el Azar ordena.

Y los rostros nos miran desde su origen incierto, desde su gradual ausencia.



¡Azoro de las cosas! Un cubo, una esfera bastan. Aunque los colores nunca van de más, lo que impera es el continente del blanco... Ventanas, las cosas se han asomado a la ventana, requieren ser vistas y –más aún– mostradas. Hay una secreta comunión de los objetos en su silenciosa permanencia, un dialecto insospechado que se teje a partir del verbo *estar*. Vecindad de las cosas, la confianza con que pulsamos un dado, un cascabel o el esqueleto de un *Nautilus* emana de ellas mismas, son polos magnéticos que encuentran sin buscar. Aunque no pocas veces puede decirse que una de estas cosas nos estaba predestinada.



Hotel de la Estrella, vieja pensión de la nostalgia. Tu fachada es ahora puro interior, espacio propicio para el compás del astrónomo...

La hazaña consiste en subvertir al espejo: arriba es abajo, afuera es adentro. ¿Por dónde comenzar?

La caja es el escenario de un trueque, el vestigio de una operación mágica.

La caja admite sólo aquellos objetos indispensables, que para ser elegidos deben –en principio– haber sido soñados.

Bajo su quieta apariencia, todos los elementos que componen una de estas cajas están activos, de tal manera que, en circunstancias adecuadas, podrían inducir en el observador un trance similar al del médium que manipula una Ouija.

Cuando el astrónomo intercepta una señal extraña en el interior de la caja, puede entonces convencerse de que ningún objeto es cerrado.

El interior de la caja es el mapa de una constelación. ◇